

Entretanto, queda establecido que rezar antes de comer es una ley de la humanidad; y que estaba reservado á nuestra época producir *espíritus* bastante *fuertes* para encontrar glorioso el asimilarse públicamente dos veces al día con el perro, el gato y el cocodrilo.

Te dejo con esta verdad, anunciándote para mañana un nuevo punto de vista.

CARTA XX.

Diciembre 16.

La señal de la cruz es un guía que nos conduce.—Necesidad de un guía.—Estado del hombre en la tierra.—La señal de la cruz conduce al hombre á su fin por el recuerdo y por la imitación.—Recuerdo que refresca.—Recuerdo general.—Recuerdo particular.—Imitación particular.

Ennoblecido, instruido, enriquecido, protegido por la señal de la cruz, qué queda al hombre para llegar con felicidad al fin de su peregrinacion? Le queda encontrar un guía seguro que le conduzca.

Como el arcángel Rafael, enviado para acompañar al jóven Tobías en su largo viaje, la señal de la cruz se presenta, ofreciéndose prestarnos á todos, á ti como á mí, querido amigo, el mismo ser-

vicio. Tal es el último punto de vista bajo el cual vamos á registrar esta enseña adorable.

VIAJEROS PARA EL CIELO, LA SEÑAL DE LA CRUZ ES UN GUÍA QUE NOS CONDUCE.—Es media noche, la tempestad ruje por todas partes, la lluvia cae á torrentes, los animales feroces salidos de sus cubiles rugen y corren en todas direcciones. No se entreveen los objetos sino al pálido fulgor de las estrellas. Te encuentras solo en medio del bosque Negro, tal como estaba en tiempo de Cesar, inmenso, horrible, sin ruta, sin sendero ni habitacion, vasta madriguera de esos grandes osos de Germania, cuya vista espantaba á los romanos, hasta sobre las gradas inaccesibles del Coliseo.

Qué hacer? Sientes la necesidad de un guía caritativo, que apareciendo repentinamente, quiera tranquilizarte con su presencia y darte la mano para conducirte sano y salvo en medio de tu familia?

Débiles imágenes de la realidad! El bosque Negro es el mundo; la tempestad con sus tinieblas, sus rayos, sus peligros, sus terrores, es la vida. En donde estoy? A dónde voy? Qué camino tomar? En

medio de esta noche llena de angustias, hé aquí las primeras preguntas que se dirige el hombre extraviado.

No se hace esperar la respuesta: está entera en la señal de la cruz. La Iglesia, llena de solicitud, le ha enseñado á hacerla desde la cuna. Interpretada por la voz de su madre, la señal elocuente disipa todas las tinieblas, ilumina el camino y orienta la vida.

“Emanada de Dios, dice el hombre, vuelves á Dios. Imágen de Dios que es amor, debes volver á Dios por el amor. El amor comprende el recuerdo y la imitacion. Acordarte de Dios é imitar á Dios, tal es para tí el camino, la verdad, la vida. Me comprendes, y acatarás sin trabajo las dos leyes fundamentales de tu existencia.” Nada hay mas cierto que este lenguaje del guía divino: bastarán á'gunos detalles para demostrártelo.

El recuerdo. Dicese en Francia, así como en Alemania y como en todas partes; hoy lo mismo que hace cuatro mil años: El recuerdo es el pulso de la amistad. En tanto que palpita el pulso, existe la vida. Esta se extingue cuando aquel cesa de

latir. De la misma manera, en tanto que subsista el recuerdo del objeto amado, continúa el afecto. Este languidece cuando el recuerdo se borra; se extingue cuando desaparece. Como sabes, todo esto es elemental.

Hay tal convencimiento de que el recuerdo es una señal, una causa, una condicion de las afecciones humanas, que al separarse los amigos, nunca dejan de decirse: *No me olvidéis; yo no os olvidaré nunca*; y se dan á la vez objetos para mantener á pesar de la ausencia el recuerdo reciproco.

Lo mismo que con las amistades humanas, sucede respecto del amor de Dios. El recuerdo es en este la señal, el alma y la vida. Para acordarnos de Dios, obedeciendo la primera ley de nuestro ser, necesitamos que la sabiduría infinita nos dé el medio de cumplirla. Siendo universal esta ley, el medio debe ser tambien universal. Siendo esta ley para todos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, ociosos y trabajadores, el medio debe ser accesible para todos. Siendo esta ley fundamental, debe ser el medio de una eficacia grande.

Acabo de decir, querido Federico, que la ley del

recuerdo es una ley fundamental de la humanidad. La justificacion de este aserto va á demostrarte bajo una nueva faz la importancia de la señal de la Cruz.

Lo que en el mundo físico es el sol, lo es Dios bajo todas consideraciones y mas aún en el mundo moral. Imagina lo que sucedería con la naturaleza si en vez de continuar derramando el sol sobre el globo sus torrentes de luz y de calor, se apagara de repente.

En el momento se paralizaría la vejetacion; los rios y los mares convertiríanse en llanuras de nieve; la tierra se endurecería como la roca. Todos los animales maléficós, á quien la luz encadena en el fondo de las selvas saldrían de sus cavernas, y con sus espantosos ahullidos se convocarían á la matanza. Apoderaríanse del hombre la turbacion y el espanto. Reinarian por donde quiera la confusion, la desesperacion, la muerte: Unos cuantos dias serían bastantes para que el mundo volviera al caos.

Que Dios, sol necesario de las inteligencias, llegue á desaparecer: inmediatamente se extinguirá la vida moral. Borraranse todas las nociones del

bien y del mal. La verdad y el error, lo justo y lo injusto se confundirán en el derecho del mas fuerte. En medio de estas tupidas tinieblas, todos los apetitos desordenados, todos los sanguinarios instintos, adormecidos en el corazon del hombre, despertarán desencadenándose y sin temor y sin remordimientos disputarán los harapos mutilados de las fortunas, de las ciudades y de los imperios. La guerra aparecerá por todas partes; guerra de todos contra todos, que hace del mundo una vasta guarida de ladrones y de asesinos.

Nunca ha visto la mirada del hombre este espectáculo, así como tampoco ha visto al universo sin el astro que lo vivifica.

Pero lo que sí ha visto es un mundo en el que, semejante al sol velado por espesas nubes, la idea de Dios no arrojaba ya mas que una luz muy incierta.

Entonces los titubeos sin fin, sistemas fútiles é inmorales, supersticiones groseras y crueles, las pasiones en el lugar de las leyes, los crímenes en el de las virtudes, el materialismo en la base, el despotismo en la cumbre, el egoismo por todas partes

con los combates de gladiadores y los festines de carne humana.

Menos completo que entre los paganos, el olvido de Dios producía, no obstante, entre los judíos efectos análogos. Por medio de los profetas, veinte veces el Señor atribuye á este crimen las iniquidades de Jerusalem y los castigos con que fué abrumada. Ahora bien, tú sabes que Jerusalem es el tipo de los pueblos.

“Por tanto, esto, dice el Señor: “Quien oyó cosas tan terribles como hizo en demasia la virgen de Israel?... porque mi pueblo se ha olvidado de mí. En el camino de tu hermana Samaria anduviste, y pondré su copa en tu mano. Beberás la copa de tu hermana, honda y ancha: serás para escarnio y para mofa.

“De embriaguez y de dolor serás llena: de la copa de lloro y de tristeza, de la copa de Samaria tu hermana. Y la beberás y apurarás hasta las heces, y devorarás sus tiestos, y despedazarás tus pechos. Por cuanto te has olvidado de mí, y me has echado tras tu cuerpo, lleva tú tambien tu maldad y tus fornicaciones.”

Pueden caracterizarse con más energía las funestas consecuencias del olvido de Dios? Pues bien, la enormidad del crimen se mide por la santidad de la ley, de la que aquel es la violacion. El recuerdo de Dios es, en consecuencia, la ley vital de la humanidad. Sobre esta base calcula la importancia de la señal de la cruz, consagrada especialmente á hacer vivir en el hombre ese recuerdo saludable.

He dicho *especialmente*, y con razon. La señal de la cruz es un vaso enteramente lleno de recuerdos divinos. Haciéndola, todos esos recuerdos divinos, como un licor vivificante se aparecen hasta en las profundidades de mi ser. Me acuerdo necesariamente del Padre; me acuerdo necesariamente del Hijo; me acuerdo necesariamente del Espíritu Santo. Me acuerdo del Padre creador; del Hijo redentor; del Espíritu Santo santificador.

El Padre recuerda en tí, lo mismo que en mí, lo mismo que en todos los hombres, que hay un espíritu para comprender y un corazón para amar todos los beneficios divinos en el orden de la creacion. Existo yo, y es á Vos, Padre de los padres, á

quien debo la vida, la vida bajo todos los bienes naturales, la vida que me habeis dado de preferencia á tantos millones de seres posibles.

Déboos la conservacion de la vida. Cada latido de mi corazón es un beneficio. Vos le renovais cada segundo del día y de la noche. Vos le continuais desde hace muchos años á pesar de mi ingratitud, á pesar del mal uso que de ella hago. Vos me la continuais, preferentemente á tantos otros que, nacidas conmigo y despues de mí, han muerto antes que yo.

Os debo todo lo que mantiene, consuela y embellecen la vida. Y el sol que me alumbrá, y el aire que respiro y la tierra que habito, y los alimentos que me nutren, y los animales que me sirven, y los vestidos que me cubren, y los remedios que me curan, y mis parientes, y mis amigos, y mi cuerpo con sus sentidos, y mi alma con sus facultades, y todas las criaturas visibles é invisibles, puestas tan magnánimamente á mi servicio; os lo debo á vos todo, Padre creador.

El Hijo recuerda todos los beneficios divinos en el orden de la redencion. Cuando pronuncio vues-

tro nombre, oh Hijo adorable, me trasporto á los esplendores de la eternidad. Allí os veo igual al Padre, sentado en el mismo trono, gozando de una felicidad infinita.

Después, de pronto, caigo en un pobre establo, delante de un humilde pesebre; y allí os veo tierno niño, desnudo enteramente, temblando de frío, acostado en una haz de paja, calentado apenas con las caricias de vuestra madre y con el aliento de dos animales.

Del pesebre llego á la cruz. Qué espectáculo Vos, Dios mio, el monarca de los mundos, el rey de los ángeles y de los hombres, suspendido en un patíbulo, entre el cielo y la tierra, rodeado de dos ladrones, con el cuerpo desgarrado, los miembros taladrados, la cabeza coronada de espinas, el rostro salpicado de sangre y escupiduras: y todo eso por amor á mí!

La cruz me conduce al tabernáculo. Delante de mi Dios reducido á la nada; delante de mi Dios convertido en mi pan; delante de mi Dios hecho mi prisionero y servidor, obediente á mi voz, á la voz de un niño: delante de este compendio de todos los

milagros del amor mi boca permanece muda. Qué mucho, si la lengua de los hombres y la lengua de los ángeles son impotentes para balbucir la menor cosa de un misterio que solo ha podido concebir el amor infinito.

El Espíritu Santo recuerda todos los beneficios divinos en el orden de la santificación. Amor consustancial del Padre y del Hijo, es á vos á quien el mundo debe todo. El Verbo encarnado, su Redentor, os lo debe: *qui conceptus est de Spiritu Sancto*. María, su madre, os lo debe: *Spiritus Sanctus superveniet in te*. La Santa Iglesia católica, esa otra madre que es para el mundo y para mí lo que María es para Jesús, os lo debe: *Credo in Spiritum sanctum, sanctam Ecclesiam*.

Sus entrañas me han llevado, su leche me ha nutrido, sus sacramentos me fortifican y me curan. A ella debo la comunión de los Santos, gloriosa sociedad que me pone en relaciones íntimas á mí, vil criatura, con todas las jerarquías angélicas, con todos los santos, desde Abel hasta el último de los elegidos. A ella debo la conservación del Evangelio, antorcha luminosa, inestimable beneficio que

ha sacado el género humano de la barbarie, y que le impide volver á caer en ella.

Conoces un recuerdo tan fecundo, tan elocuente como la señal de la cruz? El filósofo, el político, el cristiano piden algunas veces libros para meditar: hé aquí uno que puede reemplazar á todos los demas. Este libro, comprensible á todos, legible á todas horas, gratuitamente dado, está en las manos de todos. Así lo ha hecho Dios; y lo que él hace está bien hecho.

La imitacion. Recordar á Dios es la primera ley de nuestro ser. Ya ves, mi querido amigo, la importancia de esta ley, y cómo la señal de la cruz nos ayuda á cumplirla. Imitar á Dios es otra ley no menos fundamental. La menor duda sobre este punto no podrá abrigarse jamás en un espíritu sensato.

No están obligados todos los seres á tender á la perfeccion? No es para esto, y únicamente para esto, para lo que alientan? La perfeccion de un ser, quien quiera que sea, no consiste en su semejanza con el tipo sobre el cual ha sido formado? No es tanto mas perfecto un cuadro, cuanto mejor espres-

sa los rasgos del modelo? El hombre está hecho á imágen de Dios. Copiar rasgo por rasgo esa divina imágen, no asignar á su perfeccion otros límites que la perfeccion misma de su sublime modelo: tal es la ley de su ser y la labor obligada de su vida entera.

“Yo os he dado el ejemplo, decia Dios-hombre, para que hagais como yo he hecho.” Y su gran Apóstol: “Sed mis imitadores, como yo mismo lo he sido del Verbo encarnado; no hay salud para aquellos que no estén conformados con el tipo divino.” Por lo mismo, nada hay tan propio para guiarnos en esta vía de imitacion que la señal de la cruz.

Qué hace el hombre al formarla? Pronuncia el nombre de Dios; porque Dios es el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas en una sola y misma divinidad. Repitiendo el hombre el nombre de Dios, la señal de la cruz le pone delante de los ojos su eterno modelo, el ser por excelencia, en quien están reunidos en un grado infinito todas las perfecciones.

Además, repitiendo el nombre de cada persona

de la augusta Trinidad, propone á nuestra imitacion las perfecciones particulares de cada una de ellas.

En el Padre, el poder infinito; y me dice: Debes imitar el poder del padre, creador y moderador de todas las cosas, para el gobierno de tí mismo y del mundo; por el imperio sobre tus pasiones, sobre las máximas, los usos, los intereses, las modas, las amenazas, las promesas contrarias á la libertad y á la dignidad de un hijo de Dios, rey como su Padre.

En el Hijo, la Sabiduría infinita y me dice: Debes imitar la sabiduría del Hijo por la justicia de tus apreciaciones y de tus juicios; por la preferencia invariablemente dada al alma sobre el cuerpo, á la eternidad sobre el tiempo, al deber sobre el placer á las riquezas duraderas sobre los bienes transitorios.

En el Espíritu Santo, el amor infinito; y me dice: Debes imitar la caridad del Espíritu Santo disciplinando tus afecciones y ennobleciéndolas arrancando de tu corazon hasta la última fibra de egoismo, de celos, de ódio, y de todos los vicios que

producen la degradacion interior y que turban por de fuera.

Qué piensas tu de esto? No es un guía excelente la señal de la cruz? Dónde está el profesor de filosofía que pueda alabarse de señalar mas claramente á cada potencia de nuestra alma el camino de la perfeccion? Hasta ahora solo conocemos una parte de sus enseñanzas, las otras serán mañana.